
Aproximación a la lengua del “Libro decimosesto” de los *Comentarios de erudición*, de Bartolomé Jiménez Patón: aspectos generales, grafías, fonética y morfología*

Approach to the language of the “Libro decimosesto” of Bartolomé Jiménez Patón’s Comentarios de erudición: general aspects, spelling, phonetics and morphology

JUAN MIGUEL MONTERRUBIO PRIETO

Departamento de Filología Española, Moderna y Latina
Universitat de les Illes Balears
Ctra. de Valldemossa, km. 7,5. 07122 Palma
jmmp63@gmail.com

RECIBIDO: 1 DE ABRIL DE 2010
ACEPTADO: 20 DE MAYO DE 2010

Resumen: El hallazgo de un tomo de los *Comentarios de erudición* de B. Jiménez Patón (1569-1640) nos ha permitido estudiar la lengua del manuscrito del “Libro decimosesto”, incluido en el tomo IV. Se entrecruzan en el texto dos tendencias: la tradicional, que extiende el periodo medieval, representada sobre todo por un vocalismo átono inestable, el mantenimiento de ciertas formas verbales medievales, una sintaxis latinizante y la elección usual de arcaísmos; y la más moderna, que se advierte en el mantenimiento –vacilante– de los grupos cultos y en ciertos aspectos léxicos como la adopción de cultismos, la frecuente hispanización de ese mismo léxico latino, el uso de coloquialismos y refranes, y el recurso a voces apreciativas y a formaciones neológicas internas del castellano.

Palabras clave: Historia del español. Fonología. Morfología.

Abstract: The discovery of a volume of *Comentarios de erudición* by B. Jiménez Patón (1569-1640) has allowed us to study the language in the “Libro decimosesto” manuscript, included in volume IV. Two trends are interwoven into the text: the traditional trend, which extends the medieval period and is represented above all by an unstable unstressed vocalic system, the maintenance of some medieval verb forms, Latinised syntax and the usual choice of archaisms; and a more modern trend, which can be seen in the non-systematic maintenance of Latin lexical groups and certain lexical aspects such as the adoption of gongorisms, the frequent hispanisation of that same Latin lexis, the use of colloquialisms and sayings and of appreciative voices and internal neological Spanish formations.

Keywords: History of Spanish Language. Phonology. Morphology.

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Sobre la figura de Bartolomé Jiménez Patón

El maestro Patón (1569-1640) ha recibido renovada atención en los últimos años debido al hallazgo de nuevos datos sobre su vida y a la recuperación de algunos de sus textos hasta ese momento desaparecidos. El descubrimiento de una autobiografía perdida del humanista –*Libro de la cuenta y razón que yo, el maestro Bartolomé Jiménez Patón, tengo*–, que abarca desde la mitad de su vida hasta su muerte, unido a los datos ya publicados y a otros nuevos recientemente conocidos gracias a las investigaciones de Abraham Madroñal (2009), permite conocer con bastante detalle los acontecimientos más relevantes relacionados con su familia y con la meritoria y voluminosa obra que fue componiendo. En lo que sigue recogemos sintetizadas algunas de las noticias que sobre la vida del maestro proporciona el Dr. Madroñal en el libro mencionado.

El maestro Patón nació en el pueblecito manchego de Almedina en 1569. Se graduó en Artes en la Universidad de Baeza y dedicó a la docencia, su gran vocación, toda su vida. Intentó la carrera eclesiástica sin conseguirlo debido a la opinión desfavorable que emitieron los responsables de elaborar los informes preceptivos para su ordenación de mayores. Gramático de primer orden, retórico, humanista, fue amigo de Lope de Vega, Quevedo y otros personajes relevantes de su época. Casado en 1610 con Juana de Hervás, también de Almedina, el matrimonio tuvo cuatro hijos de los que sólo los dos últimos sobrevivieron hasta edad adulta. Un episodio trágico habría de marcar su vida: en 1627 Félix, su tercer hijo, nacido en 1614, entró en los carmelitas contra la opinión de su padre, quien utilizó, sin éxito, toda su influencia para demostrar que el muchacho había sido atraído forzando su voluntad; sin embargo, el joven le pidió, en declaración pública realizada por mandato del papa Urbano VII, que le permitiese seguir la senda religiosa y que no se inmiscuyera en su vida. Infortunadamente, Félix falleció dos años después de haber profesado, duro golpe del cual nuestro autor acaso jamás se recuperó, como sugiere el hecho de que después de 1628 y hasta su muerte en 1640 tan solo escribiera dos o tres obras más, lo que contrasta con su fecunda actividad anterior.

Así, antes de 1604 debía de haber escrito su *Artis Rethoricae*, impresa por segunda vez en el *Mercurius Trimegistus* (1621), su *Epítome de la ortografía* (impresa en 1614), sus *Instituciones de la gramática española* (¿1614?) –obra gramatical que contiene interesantes formulaciones inéditas– y la valiosa *Elocuencia española en arte* (1604), primera retórica que ofrece ejemplos de escritores es-

pañoles. De fechas cercanas a esa época son el *Instrumento necesario para adquirir todas artes y ciencias*, nunca impreso y conservado en manuscrito, dialéctica en castellano afín a la obra del Brocense, y el *Perfecto predicador*. En 1615 publicó los *Proverbios morales*, de Alonso de Barros. Tras recibir honores como el nombramiento de notario apostólico de la Curia romana y el de correo mayor del Campo de Montiel, parece que hacia 1620 su labor filológica tocaba prácticamente a su fin; sin embargo, aprovechando el reconocimiento público de que ya disfrutaba, se dedicó a escribir sobre asuntos heterogéneos, como su *Discurso de la langosta* (1619), donde pretende ofrecer soluciones para acabar con tal plaga en la Mancha. De 1628 son su *Cátedra de erudición* y *El virtuoso discreto*, que quedaron en manuscritos, y la *Historia de Jaén*, que sí vio la luz en ese mismo año. También por esa época escribió la *Decente colocación de la cruz* (impresa en 1635) y el *Discurso de los tufos, copetes y calvas* (publicado en 1639). Y algo posteriores son algunas obras de exégesis filológica, como la *Declaración magistral de la sátira 6 de Juvenal* (impresa en 1632), y otros libros de crítica de costumbres, como el *Discurso en favor del santo y loable estatuto de limpieza* y la *Reforma de trajes* (impresos en 1638).

Patón murió en 1640, al frente de su cátedra de Elocuencia en Villanueva de los Infantes.

1.2. Los Comentarios de erudición: el “Libro decimosesto”

Según acaba de verse, parece que Jiménez Patón había compuesto ya, hacia 1628, el grueso de su obra, de ahí que planeara el ambicioso proyecto de editar su *opera omnia*, los *Comentarios de erudición*. El hecho de que aparezcan en fecha posterior algunas otras publicaciones se debe, probablemente, a las dificultades que iba encontrando para editarlas y, en algún caso, quizá a trabajos de encargo. Tal recopilación había de constar de ocho volúmenes, que contuvieran cinco libros cada uno, es decir, cuarenta libros. Patón y sus amigos, según apunta Madroñal (1996, 386) aluden en numerosas ocasiones a estas obras completas, por lo que su existencia ha sido siempre conocida por los eruditos aunque no hubiera sido posible recuperarlas. Debemos a Abraham Madroñal (1996) la recuperación de un tomo –el cuarto– de los *Comentarios*, manuscrito y en parte autógrafo del maestro de Almedina. A partir de este hallazgo se advierte que el maestro ideó un armazón, del cual apenas conocemos ciertos fragmentos, que enlazara y confiriera alguna unidad de presentación a la variedad de textos escritos por el maestro; tal encuadre presenta a un personaje viajero,

Laminio Sileno, trasunto del propio autor, quien va dictando uno tras otro los *Comentarios*. El problema mayor radica en la fecha de recopilación de esta obra completa, que en Madroñal (1996, 390) se sitúa en torno a 1621, si bien la publicación se retrasaría hasta 1628. Del examen del tomo cuarto se infiere que Patón se guiaba, en efecto, por el principio de la *variatio*, mezclando obras verdaderamente eruditas, juicios o interpretaciones de asuntos contemporáneos y cuentos o historias ciertas que por uno u otro motivo habían llamado su atención (Madroñal 1996, 390). Así, transitan por el texto adagios, leyes, sentencias, las Sagradas Escrituras, poesías, etc., una diversidad de materiales que utiliza a su conveniencia. El volumen ahora hallado contiene los libros 16.º a 20.º. El “Libro decimosesto”, objeto de este estudio, comprende los folios 1-122, e incluye el *Libro tercero de las Odas de Quinto Horacio Flaco Venusino, traducidas y comentadas en lengua española* (ff. 8-119). En esta ocasión Laminio, camino de Portugal, traba amistad con un instruido hidalgo portugués, quien, tras ofrecerle acomodo en su casa durante la noche, le ruega que le lea y le permita consultar las lecciones que lleva consigo, a lo que accede el docto español.

2. CARACTERES LINGÜÍSTICOS GENERALES DEL TEXTO ESTUDIADO

Somos conscientes, al redactar este trabajo, de que las consideraciones ofrecidas constituyen tan solo un punto de partida para futuros exámenes más pormenorizados que, sin duda, esta obra merece. En esta primera aproximación presentamos una valoración general de la lengua del manuscrito y nos fijamos en los aspectos gráficos, fonéticos y morfológicos, dejando para una segunda entrega, que esperamos vea la luz pronto, el estudio de la sintaxis y del léxico. En el presente apartado, no obstante, se alude a diversos niveles de análisis para caracterizar el texto desde una perspectiva de conjunto.

La lengua del “Libro decimosesto” de los *Comentarios de erudición* exhibe un doble carácter: el del docto humanista que aún no se ha desprendido plenamente de la sintaxis latina; y el del escritor que participa –y en su caso con trascendencia cierta por el prestigio de que disfruta entre los ilustrados de su época– de la corriente de escritura que pretende un “estilo llano”, y que, de modo más o menos consciente, está en la tarea de ampliar y mejorar las posibilidades expresivas y comunicativas del castellano ahondando en lo que le es más propio y construyendo, paso a paso, una norma para la lengua romance que la independice definitivamente del latín.

En efecto, las construcciones latinizantes predominan en el texto, que

aún no abandona, como, sin embargo, empezaba a ocurrir en esos años, el carácter sintáctico ciceroniano en favor de una organización de periodos más breves y de mayor uso de la coordinación e, incluso, de la yuxtaposición, aspectos que habrán de sustanciarse gradualmente en nuestra lengua. Véase, por ejemplo, el largo periodo sintáctico con que se inicia la “Mitología sobre *Descende <de> caelo et dic age tibia*” (f. 22v^o)¹:

Si en alguna parte el poeta o quien recopila sus obras procuró juntar odas que tengan conformidad en el propósito, fue en estas primeras del tercer libro porque en todas ellas trata lo que merecen los que caminan por las sendas de la virtud, como se habrá notado en las pasadas, mediante la cual en ésta muestra favorecerle el cielo, no solo asegurándole la celebridad de su nombre, mas la seguridad de su persona por la ocupación en esta y ejercicios loables en los estudios de la poesía, confesando en ellos, contra lo que en otro tiempo tuvo, cómo no hay cosa de acierto si no se dirige a Dios.

Se advierte asimismo un contraste entre los folios iniciales y finales, de una parte, que pretenden encuadrar las glosas, y los propios comentarios de las odas, de otra: los folios que quieren dar unidad a los *Comentarios de erudición* presentan menos anacolutos y exhiben mayor sosiego y control de la sintaxis; el cuerpo del libro, en cambio, excepción hecha de las traducciones de las odas, muestra frecuentes solecismos, nada ajenos, por otra parte, a la escritura de la época, pues “el concepto de corrección lingüística era más amplio que en los periodos posteriores” (Lapesa 1991, 367).

Patón hace uso de un notable dominio retórico-literario y manifiesta una desarrollada conciencia filológica, tanto en la exégesis de la poesía horaciana como en las frecuentes reflexiones metalingüísticas sobre el romance. El hecho de hispanizar –o semihispanizar– con cierta soltura voces latinas evidencia el propósito de dotar al castellano de un nuevo léxico que cubra las necesidades expresivas derivadas del proceso de conformación de su norma moderna; así, por ejemplo, escribe *lictiores* (f. 13v^o), latinismo propio del ámbito jurídico al que dota de la desinencia de plural de la norma castellana. En el mismo sentido renovador del léxico hay que interpretar la formación de nuevas voces, circunstancia relativamente frecuente en el texto: *vagarizo* (f. 16, f. 53v^o, f. 54, f. 107) es, hasta donde sabemos, neologismo propio de Patón, así como la forma *anagógicó* (f. 80v^o), que presupone el verbo *anagógicar*, formado sobre el adjetivo *anagógico*, que sí figura en el *Autoridades*.

Cuestión poco investigada es la de aquellos autores cultos, con probada capacidad para expresarse en un registro elevado, que optan por una elaboración modesta del texto e, incluso, salpican su escritura de léxico coloquial y de modismos para acercarse intelectual y emotivamente a sus lectores, que pueden ser niños o jóvenes (Oesterreicher 2004, 753). No cabe duda de la sólida formación lingüística del maestro Patón, bien acreditada, y, por tanto, de su competencia para expresarse con un estilo elaborado del que es palpable demostración este libro; sin embargo, probablemente por la naturaleza de “lecciones” –“comentarios”– de estas glosas, que deben llegar con claridad a sus alumnos y lectores (Madroñal 2009, 21), además de por la conocida presencia de fenómenos de oralidad en el español áureo, Patón escribe con un lenguaje más cercano al coloquial en ciertos pasajes, alejado ya en ciertos aspectos de la retórica clásica; un lenguaje, en suma, que, además de ser más sencillo y servir mejor a su voluntad aleccionadora, le permite llegar de modo más eficaz al público al que van destinadas las apostillas a las odas horacianas que conforman, como se ha dicho antes, el cuerpo del libro decimosexto de los *Comentarios*. Por ejemplo, usa el diminutivo *mandoncillos* (f. 113v^o), algo lexicalizado ya en el Siglo de Oro, o los más espontáneos *valentón* (f. 84v^o) o *sensualazas* (f. 71), entre otros, y aprovecha algunos refranes, como *a los años mil* (f. 2) –donde cita abreviado el conocido proverbio, que tiene variantes: *A los años mil, vuelve el agua por do solía ir/a su carril*; o también: *A los años mil, vuelve la liebre a su cubil*– o como *Ciudad por ciudad, Lisboa en Portugal* (f. 5).

Paralelamente, recorren el texto las dos tendencias que subrayábamos antes: la tradicional, que extiende el periodo medieval, representada sobre todo por un vocalismo átono inestable, la conservación de ciertas formas verbales medievales, una sintaxis latinizante y la elección usual de arcaísmos; y la más moderna, que se advierte en el mantenimiento –vacilante, eso sí– de los grupos cultos y en ciertos aspectos léxicos como la adopción de cultismos, la frecuente hispanización de ese mismo léxico latino, el uso de coloquialismos y refranes, y el recurso a voces apreciativas y a formaciones neológicas internas del castellano.

3. GRAFÍAS Y FONÉTICA

En el manuscrito del “Libro decimosexto” se aprecian dos manos, de fácil lectura casi siempre: de los folios 1 al 7 y de la mitad del 30 al 122 se observa la misma caligrafía, que sólo se interrumpe de manera evidente entre el f. 8 –donde

se inicia, precisamente, el comentario del “Libro tercero” de las odas de Horacio—y la mitad del f. 30. Si bien no puede asegurarse cuál haya sido la intervención de los copistas en el texto, el hecho de disponer de un manuscrito permite manejar los datos con mayores visos de fidelidad al que fuera texto original del maestro Patón que si estuviéramos ante un impreso. Teniendo en cuenta este aspecto, veamos algunos de los rasgos principales que exhibe el texto en cuanto a las grafías y la fonética.

El fonema /k/ es, con frecuencia, *q* en lugar de *c* cuando sigue una *u*: *qual* (f. 30v^o), *quando* (f. 87v^o), *quadernos* (f. 7v^o), *quenta* ((f. 87v^o), *frequentes* (f. 63v^o), *Eloquencia* (f. 9). Curiosamente, en el mismo folio aparecen *quanto* y *cantiosos* (f. 6). Y este mismo fonema es, en ocasiones, *cb*: *máquinas* (f. 8v^o), si bien se localiza *máquinas* (f. 106v^o).

La *y* se escribe *i* con frecuencia cuando representa la fricativa palatal sonora, *cuio* (f. 2), *ensaiados* (f. 37), *maior* f. 46v^o *maiores* (f. 85v^o); también en *suior* (f. 68v^o) —donde la consonante intervocálica constituye, como es sabido, una epéntesis de refuerzo. Encontramos *baya* (1v^o) y *cayó* (f. 26v^o), como es habitual. Si *y* encarna un sonido semivocálico al final de palabra se presenta siempre como *i*: *oi* (f. 2), *ai* (f. 2) o *mui* (f. 27). La conjunción copulativa *y* aparece casi siempre con esta misma grafía, excepto en algún caso donde la palabra siguiente empieza por vocal: *i a este propósito* (f. 1v^o), pero ni siquiera en este contexto es general su aparición, pues también aquí predomina claramente la grafía que se ha mantenido hasta la actualidad: *Y escriben* (f. 27), *y a mí* (f. 28). Junto a *hierro* (f. 103) encontramos *yerva* (f. 68v^o), muestra del distinto tratamiento gráfico que recibe la semiconsonante si le antecede o no la aspiración procedente de *f*-. El distinto origen de /y/ se manifiesta gráficamente en *yelos* (f. 65bv^o) y *iugo* (f. 2).

Patón escribe, en la única vez que aparecen, *balda* (f. 26v^o) y *hebrero* (f. 27v^o), ahora poco usados (alternaban en español con *falda* y *febrero*), muestra de las vacilaciones en la pérdida de la labiodental inicial presentes en la lengua áurea. Como es bien conocido, la *b*- inicial de palabra representaba frecuentemente un sonido aspirado, rasgo procedente de Castilla la Vieja que se extendió de norte a sur durante el siglo XVI, para ir luego perdiéndose paulatinamente esa pronunciación velarizada hasta su desaparición. Sin embargo, la influencia del “sistema toledano” en el centro y en la mitad oriental de Andalucía supuso una resistencia mayor a la extinción de ese sonido en estas zonas, pues aún Covarrubias denuncia el olvido de esta aspiración (Cano Aguilar 2004, 840-41). En el “Libro decimosesto”, por ejemplo, se mantiene la *b*-

en *baciendo* (f. 3) y en *hablarian* (f. 3) y en todas las demás formas que figuran de estos verbos, así como en *hermoso* (f. 5). Dada la renuencia mencionada a olvidar la aspiración en zona de influjo toledano (el maestro vivió y trabajó principalmente en Villanueva de los Infantes) y en vista de que no conocemos con exactitud la fecha de factura de este texto (recuérdese que el manuscrito estudiado pertenece a la edición de las obras completas del maestro, es decir, a una edición donde habría de recoger textos escritos a lo largo de su vida), es difícil asegurar si esta grafía *b-* representa aún una aspiración, como en época de Garcilaso, o, por el contrario, es ya una letra muda, como en época de Lope de Vega, si bien es presumible esto último. Por otra parte, no recuerda el latín en *ombre* (f. 2vº y siempre en el texto) ni en las múltiples formas del verbo *haber*, como en *emos* (f. 2), *avérnosle* (f. 2), *ay* (f. 11), *a* (f. 47vº), *obiesen* (f. 47vº), etc.; y escribe *bonra* (f. 3vº), pero *onrada* (f. 13), *onremos* (f. 13), etc. casi invariablemente. En palabras con grupos iniciales *g+e*, *i* no escribe la *b-*, como en *ermanos* (f. 3) o *eladas* (f. 53vº), como es de esperar; y, como era propio, mantiene la *f-* en voces cultas, como *fortuna* (f. 112vº) o *fama* (f. 113) y también en los casos donde la aspiración fonética no se había producido, como ante consonante en *flor* (f. 60) o *frente* (f. 69vº) o seguida de diptongo en *fiesta* (f. 73), *fieras* (f. 16vº) o *fuerte* (f. 86vº), *fuego* (f. 107). Patón mantiene la *b-* en *hacer* (f. 1vº y en todo el texto) *hijo* (f. 3 y, también, en el resto de ocurrencias) situación propia de la norma culta y literaria, mientras que los textos castellanos medievales ya mostraban *hacer* e *ijo* (Cano Aguilar 2005, 238).

En general, las grafías *b*, *v* y *u* no siguen, como es conocido, la norma actual en la representación de /b/ y de /β/. En posición inicial, la mayor parte de las veces se respeta en el manuscrito el uso etimológico –no aparece la grafía *u* en esta posición– como en *baja* (f. 8), *bien* (f. 9), *volvió* (f. 42vº), *vitoria* (f. 42vº), *vía* (f.46) o *viendo* (f. 122), pero en otras, como *biejas* (f. 5º), *biuda* (f. 39vº) o *ba* (f. 54), la *b* es muestra de la indistinción del español entre /b-/ y /v-/ en este emplazamiento, donde es pronunciación única la oclusiva (Ariza 1990, 92). En empleo intervocálico –ahí la lengua áurea sólo conoce /β/– las grafías alternan entre *b* y *u*: *bien abenturado* (f. 63vº), *estubieses* (f. 7), *auían* (f. 9), *aprouación* (f. 11), *sauiduría* (f. 14vº) *gouierno* (f. 17vº), *caualleros* (f. 60).

Lo mismo ocurre con los sonidos africados prepalatales antecedentes de /θ/, representados por *ç*, *c* o *z*: *cimientos* (f. 8vº), en posición inicial; *bacañas* (f. 85vº), *veces* (f. 8vº) y *negocios* (f. 1vº) junto a *plaza* (f. 6) o *gentileza* (f. 42vº), en posición intervocálica; y *voz* (f. 24) o *atroz* (f. 53vº) a final de palabra; *poncoño-*

sas (f. 20v^o) y *vençer* (f. 42) tras consonante; alterna *fuerca* (f. 14) y *fuërça* (f. 20v^o); pero también encontramos *goçan* (f. 20v^o), *cabeça* (f. 22v^o) o *raçón* (f. 60). En suma, como en el apartado anterior, se advierte la indeterminación gráfica característica en la representación de estos sonidos a finales del siglo XVI como consecuencia de la confusión del fonema /ds/ con /ts/ propiciada por la pérdida de la distinción sonora. En las últimas décadas del siglo XVI, periodo en que Patón inicia su producción, incluso las clases más cultas de la corte habían aceptado ya la confusión como norma y se había generalizado la variante sorda (Catalán 1989, 28 y 50-51).

Por las fechas, pues, en que empezó a escribir el maestro Patón –nacido, recordémoslo, en 1569 y muerto en 1640–, la velarización de la pareja /š/, /ž/, previo ensordecimiento del fonema sonoro, debía estar en trance de cumplirse pues, según Alarcos (1986, 271-72), durante el siglo XVI “son inequívocos los testimonios de su carácter palatal”. Lapesa (1991, 379) indica que “al acabar el primer tercio del siglo XVII la /x/ se había impuesto por completo”. Quiere decirse que la progresiva implantación del sonido velar se produjo paralelamente a la elaboración de la obra del autor manchego. El manuscrito refleja un uso uniforme de la grafía *j* en las palabras donde se espera el fonema sonoro: *ojos* (43v^o), *consejo* (45v^o), *hijo* (47v^o), *juzgar* (f. 20), *jugando* (f. 60), etc.; así ocurre también con la *g*: *magestad* (f. 71), *engendrado* (f. 37), *imágenes* (f. 90), *co-giendo* (f. 101). Esporádicamente, asoma esta misma grafía donde podría esperarse la letra *x*, como en *cojos*; pero en *dixo* (f. 3 y abundante en el texto), *dixera* (f. 13 y otros) y, en general, en cualquier forma del verbo *decir* en el pretérito y el imperfecto de subjuntivo mantiene la grafía *x*, así como en cualquier variante de *dejar*: *dexando* (f. 51v^o), *dexalles* (f. 57v^o), etc. El texto muestra *mexor* (f. 5), *mexores* (f. 37) o *mexoría* (f. 35) –y así en catorce ocasiones más. La grafía *mexor*, aunque bien documentada en el *CORDE* (marzo-noviembre de 2007) entre los años 1575 y 1625, es menos frecuente que *mejor* o *mejoría*, que aparecen cuatro veces en el manuscrito, dos de ellas entre el f. 8 y la mitad del f. 30v^o, sin duda obra de mano distinta de la que escribe el resto de los ciento veintidós folios que componen el “Libro decimosesto”. Como es de esperar, ante la vocal *a* aparecen *semejante* (f. 27), *semejantes* (f. 121) *semejança* (f. 23v^o, dos veces), pero también *semegante* (f. 39v^o, f. 83v^o dos veces, f. 100v^o), *semegantes* (f. 2v^o, f. 21, f. 39, f. 73v^o) y *alforga* (f. 7v^o), grafía que en esta palabra o sus variantes, representando el fonema /ž/ o quizá ya /x/, documenta el *CORDE* (marzo-noviembre de 2007), de nuevo entre 1575 y 1625, solo en cinco ocasiones, cuatro de ellas en documentos no literarios.

No aparece la diéresis, como es conocido, en voces como *aguero* (f. 54), *agueros* (f. 61v^o). El fonema /ñ/ se escribe ñ: *pequeña* (f. 23v^o), *enseña* (f. 47), *sueño* (f. 48v^o).

Algunos dígrafos están presentes aún en ocasiones en lugar de las grafías simples, mucho más habituales en el manuscrito. Así, el fonema /f/ figura a veces con grafía doble, ff: *afficionada* (f.20v^o), [e]ffetuar (f. 48v^o), *affecto* (f. 63v^o). En la representación de /s/ se observa una clara vacilación entre la norma moderna que se va imponiendo, reflejada en los casos con una sola *s* intervocálica, como en los superlativos *santísima* (f. 9v^o), *grandísimo* (8v^o) o *escelentísimo* (f. 21v^o), y el uso proveniente del español medieval que prolonga aún el uso doble, como en *santíssimo* (f. 4), *grandísimas* (f. 23), *grandísimma* (f. 30), *atrocísimmo* (f. 30). Las frecuentes formas del pretérito imperfecto de subjuntivo aparecen siempre en el manuscrito con una sola *s* intervocálica en la desinencia: *estubieses* (f. 7), *tubiese* (f. 30), *diesen* (f. 31v^o). El adverbio *así* figura siempre con el dígrafo *ss*, como en *assí* (f. 1, f. 2, f. 31v^o), aunque hay algún caso esporádico de simplificación, como en *así* (f. 26). En cuanto a otros dígrafos, el maestro Patón alterna *Christo* (f. 10v^o, f. 55v^o) con *Cristo* (f. 15, f. 55) a lo largo del manuscrito; y usa tanto la grafía simplificada en *ilustremente* (f. 60) *ilustre* (f. 91v^o) o *ilustración* (f. 49v^o) como el dígrafo en *illustres* (f. 85v^o, f. 86v^o).

Las vacilaciones en el vocalismo átono son frecuentes, particularmente las de *e/o* escritas *i/u*, inestabilidad que perdura más que la inversa, *i/u* escritas como *e/o*, en castellano, y penetra hasta bien entrado el siglo XVII (Lapesa 1991, 368): aparece dos veces *mochacho* (f. 11v^o, f. 72) y dos también *muchacho* (f. 72v^o, f. 83); una vez *divirtido* (f. 21) y otra *divertida* (f. 53) junto a *divertirte* (f. 53); una vez *ligítima* (f. 121) y otra *legítimo* (f. 12); *propuniendo* (f. 12) es la única forma de este gerundio que se advierte en el texto, y también es aislada la aparición de la forma conjugada *desminuya* (f. 37); en dos ocasiones figura *escrebir* (f. 2v^o, f. 39v^o) y ninguna *escribir*, y todas las formas conjugadas de este verbo –más de cincuenta en el manuscrito– muestran la *i* en el radical, según el uso mayoritario en la época que arrojan los datos del *CORDE* (marzo-noviembre de 2007) en una consulta relativa al periodo que va de 1550 a 1650, donde los casos con *e* en la raíz de este verbo apenas constituyen una décima parte de las ocurrencias recogidas; cuatro veces aparece *recebir* (f. 51v^o, f. 52, f. 56v^o), una *recebille* (f. 20v^o) y otra *recebido* (f. 85), mientras que tenemos una aparición de *recibirle* (f. 16v^o), dos de *recibido* (f. 16v^o, f. 122), *recibía* (f. 2v^o, f. 4) y *recibieron* (f. 18v^o, 71v^o), y una de *recibiendo* (f. 35v^o). El *CORDE* (marzo-noviembre de 2007) muestra una frecuencia ligeramente más alta de las formas

con *i* en el radical en el infinitivo y en el participio sobre un total muy elevado de apariciones por tratarse de voces de uso común; en las formas conjugadas, la diferencia a favor de las que llevan *i* en la raíz se amplía hasta duplicar, prácticamente, a las que presentan *e*. Si se compara con *escribir*, se advierte que la solución moderna parece estar más consolidada en este último verbo, situación que coincide con los datos de nuestro manuscrito.

El mantenimiento del hiato en vocales análogas, al menos en la escritura, es rasgo culto que se da en el texto siempre que se conjuga alguno de estos dos verbos: *comprehenda* (f. 30v^o), *reprehende* (f. 38v^o), aunque asoma también un caso contrario, *reprendió* (f. 63v^o).

Es sabido que los cultismos, cada vez más frecuentes en nuestra lengua a partir del siglo XIII, tendieron a simplificar los grupos de consonantes que resultaban extraños continuando la propensión del castellano a debilitar las consonantes finales de sílaba. En el manuscrito estudiado se advierte una vacilación entre el mantenimiento de la grafía completa del grupo consonántico culto o la simplificación, reflejo de que las formas allanadas propias de la lengua oral se usaban en la lengua literaria clásica con absoluta naturalidad. Así, *digno* (f. 86), *insigne* (f. 97), *significa* (f. 33v^o), *acción* (f. 117), *aceptación* (f. 90v^o), *docto* (f. 20), *acto* (f. 117), *perfecto* (f. 114v^o), *afectuosos* (f. 1), *excelente* (f. 62v^o), etc., conviven con *dino* (f. 2), *sujeción* (f. 3), *aciones* (f. 58), *corruptible* (f. 18v^o), *jatancia* (f. 91), *frutífero* (f. 89v^o), *vitoria* (f. 25), *letor* (f. 57v^o), *dotor* (f. 70), *per-feto* (f. 72v^o), *precetos* (f. 86), *escelentes* (f. 2v^o), *estremo* (f. 7), *estraño* (f. 2), *escusar* (f. 10), *esorcismos* (f. 74v^o), *solene* (f. 58v^o), etc. No puede asegurarse, sin embargo, que el mantenimiento del grupo culto en la escritura indique una pronunciación diferente de la de las palabras escritas con la forma plena (Lloyd 1993, 258). Además, es conocida la importancia que da al uso el maestro Patón, continuador, en cierto modo, de la conocida máxima de Juan de Valdés “escribo como hablo” (Madroñal 2009, 32), por lo cual no sería singular que los grupos cultos, intactos en la escritura, no apuntaran, en realidad, una pronunciación plena.

Por último, conviven la solución patrimonial *docientos* (f. 35v^o) –lat. *du-cēnti*– con la falsa regularización *doscientas* (f. 35v^o), y Patón escribe exclusivamente *trecentos* (f. 3), *trecientas* (f. 22v^o), del mismo modo que opta por grafías populares en ciertos cultismos, *decendiente* (f. 27), *decendencia* (f. 58), ambos fechados en 1570 (Corominas 1980, 207).

4. MORFOLOGÍA

4.1. *El nombre*

Algunos nombres aún no muestran el género moderno: *la enamorada buéspeda* (f. 41v^o), *las centinelas tristes de los veladores perros* (f. 60), *era sobornando a las guardas de las fortalezas y ciudades* (f. 62).

Patón prefiere *la poeta* (f. 99) a *la poetisa*, más común en la época según se desprende de la consulta al *CORDE* (marzo-noviembre de 2007), que registra, entre 1550-1650, quince casos de *poetisa* por uno solo de *poeta* con determinación femenina.

4.2. *El adjetivo*

En época áurea la vacilación en la apócope del adjetivo antepuesto –*grande*, *primero*, etc.– era general (Girón Alconchel 2004, 861), y así se observa en el texto: se dan ocho casos de *grande*: *grande enojo* (f. 3), *grande cueva* (f. 71), frente a doce de *gran*: *gran monte* (f. 26v^o), *gran miseria* (f. 9v^o). La apócope de *bueno*, sin embargo, se da siempre –veintitrés casos: *buen agüero* (f. 26v^o), *buen nombre* (f. 105), incluso en un caso con nombre femenino: *buen ausencia* (f. 42) –sin duda procedente de la vacilación medieval en el género de ciertos nombres– y en la expresión fija *en buen hora* (f. 49). También es regular la apócope de *primero*, en veinticinco casos: *primer libro* (f. 54v^o), *primer ejemplo* (f. 61).

En el texto predominan los superlativos analíticos con *mu*y, que superan el centenar; sin embargo, hay diez casos de elación mediante sufijo: *grandísimo* (f. 8v^o), *pacientísimo* (f. 74), *perfectísimo* (f. 114v^o), etc. La construcción sintética era rasgo culto en el siglo XVI cuyo uso se incrementó notablemente en la segunda mitad de la centuria y estaba consolidado en el primer cuarto del siglo XVII (Lapesa 1991, 396).

4.3. *El verbo*

Durante el siglo XVI y primera mitad del XVII las formas con infijo velar /-ig-/ de la primera persona singular del presente de indicativo y de todas las del presente de subjuntivo de los verbos *caer*, *traer* y *oír* desplazan a las antiguas *cayo*, *trayo*, *oyo*, etc. (Girón Alconchel 2004, 867). Sin embargo, en el tema de presente, las formas con yod, bien etimológica –*Paréceme que la oyo* (f. 21)–, bien analógica –*Dice que trayan vino* (f. 58), *las mercaderías que trayo de Chipre* (f.

107v^o)–, son aún las utilizadas por Patón. Por otra parte, en el presente de subjuntivo se opta por la forma etimológica diptongada, que es menos frecuente: *el aborrecido toro te entriegue sus cuernos* (f. 101v^o).

Los futuros medievales con metátesis –*Dende aquí terné por cierto* (f. 11), *allí los ternemos por más bien castigados* (f. 122), *si apetece variedad, las porné aquí* (f. 7v^o), *aseguran le vernán de la mano de Dios* (f. 90)–, conviven en el texto con las soluciones epentéticas modernas –*¿cómo tendremos por soldado valiente [...]*? (f. 32v^o), *o pondría otra verdadera vaca* (f. 72v^o), *y vendrás a parar en dificultosa batalla* (f. 78v^o), *tres veces vendrá al suelo derribado* (f. 17). El condicional simple figura aún contraído en ocasiones: *que debría confundir a los cristianos* (f. 92v^o); y en otras muestra la epéntesis: *pondría otra verdadera vaca parecida a aquella en su lugar* (f. 72v^o). Este polimorfismo se documenta durante todo el siglo XVI y no se resuelve en favor de la configuración epentética hasta el primer cuarto del siglo XVII (Girón Alconchel 2004, 870).

Girón Alconchel (2004, 871) indica, asimismo, que *truxe* es la forma normal en el siglo XVI y hasta finales del siglo XVII, mucho más frecuente, por ejemplo, que *trajo*, según observa Gutiérrez Cuadrado (1998, 6). Así, en las formas procedentes de los perfectos en –*ui*, Patón elige siempre en el verbo *traer* la solución con *u* –asoman en el manuscrito en siete ocasiones– en lugar de la configuración con *o* analógica (*troje* < TRAXI): *el primero que trujo de Grecia a Italia este verso* (f. 98), *y dice Plinio que trujeron a Italia las plantas deste árbol* (f. 13v^o), *que no pudiese triunfar el capitán que no trujese su ejército consigo* (f. 85v^o), pese a que en el español clásico las formas provenientes de los perfectos en –*si* (*traje*) ya empezaban a ser algo más comunes. Alvar y Pottier (1983, 263) piensan que “las formas con *u* (*truje*) tuvieron acceso a la literatura escrita y persisten hoy, como arcaísmo o como vulgarismo, en casi todo el dominio del español, puesto que se trata de evoluciones patrimoniales”. Sólo en un derivado de *traer* usa Patón una forma con la vocal analógica *a*: *la señora era tan taimada que con sus desenvolturas le atrajo a su voluntad* (f. 39v^o).

En el periodo áureo, las formas con *u* del imperfecto de subjuntivo de *haber* (*hubiera*, *hubiese*, etc.) son mucho más frecuentes que las formas medievales con *o* (*hobiera*, *hobiese*, etc.), ya en franco retroceso. Sin embargo, estas últimas son las únicas que utiliza el maestro Patón, hasta en dieciséis ocasiones, en el verbo *haber*: *y que después de las tres hobiese de ser la cena* (f. 56), *Si Júpiter y Venus no hobieran reídose de su padre* (f. 60–60v^o), *hobiera caído* (f. 1v^o), *Y si yo hobiera seguido su opinión* (f. 7). Gutiérrez Cuadrado (1998, 6) apunta al respecto que “en el *Quijote*, en algunos casos, las formas en –*o*, indudablemente más

desusadas, se ponen en boca de ciertos personajes para caracterizar su lengua como arcaica o rústica”. Si bien no extraña que Patón utilice las formas en *-o* *-es* corriente que opte por soluciones arcaicas–, sí sorprende, tal vez, la homogeneidad de este uso, pues no se registra ningún caso con *-u*. En cambio, elige las formas más modernas en otros verbos; así, de *poder* se registran en el manuscrito veintiocho casos con la vocal cerrada por ninguno con la abierta: *porque es cierto que no pudo de los humanistas escoger autor más ocasionado* (f. 7vº), *Ni los manjares de Sicilia le pudieron saber dulcemente* (f. 8), *sintiendo la verdad como pudiera un docto católico* (f. 20); y lo mismo ocurre en los dos casos del verbo *placer*: *y pluguiera a Dios no se hobieran quedado rastros destas vanidades entre los fieles* (f. 20), *a cuya devoción debe mucho el cristianismo y plugiese a Dios creciese como es razón con la desta santa y misteriosa devoción* (f. 59vº).

4.4. El artículo

Patón alterna el uso de los artículos *el* y *la* ante el nombre de género femenino cuya vocal inicial es una *a* tónica, desatendiendo así a un aspecto de la norma establecida por Nebrija en 1492 que determina la obligatoriedad del artículo masculino ante los nombre femeninos que empiezan con vocal *a* tónica o átona. Así, escribe siempre, y abundantemente, *el alma* (f. 15vº), *el águila* (f. 23) y *el agua* (f. 35) –sólo una vez, *la agua* (f. 75)–; en cambio, prefiere *la hacha* (f. 13vº), *la balda* (f. 26vº), *la ave* (f. 27) –sólo una vez, *el ave* (f. 102). No usa el artículo masculino ante nombres femeninos que empiezan con vocal *a* átona. Se advierte una pugna entre la norma moderna y el mantenimiento de la tradición medieval, pues aproximadamente hasta 1550 se hallan en alternancia paritaria *el* y *la*; no obstante, los textos revelan que la lengua literaria del siglo XVII sigue preferentemente la norma de Nebrija (Girón Alconchel 2004, 864).

4.5. Los determinantes

La contracción de la preposición *de* y el pronombre *él* (f. 42), sistemática en el manuscrito, asoma en diecisiete ocasiones: *Yō, hecho sacerdote de las Musas, aborreciendo el vulgo y buyendo dél* (f. 8). La amalgama con los demás pronombres tónicos es regular, se da en las sesenta y dos apariciones: *encontrando los cuadernos de las traduciones y glosa de Horacio, no quiso perdonarle que dejase de leer algunas dellas* (f. 7vº). La misma contracción ocurre con *del* –preposición más artículo– salvo en una oportunidad: *de el águila* (f. 41), acaso por el deseo de mos-

trar el artículo masculino ante *á* inicial. Por otra parte, de las casi ciento sesenta veces en que aparece *de* seguida de un pronombre demostrativo: *Y, porque deste retiro y apartamiento donde estaba como labrador le sacaron para rey* (f. 4v^o), sólo en siete de ellas figura separada y, curiosamente, cuatro de estos siete casos pertenecen a la que podemos denominar “segunda mano” del manuscrito, es decir, la que discurre desde el f. 8, inicio del “Libro tercero” de las odas horacianas, hasta la mitad del f. 30: *Y no puedo dejar de maravillarme de la ceguedad de esta gente en estas supersticiones vanas* (f. 20).

El adjetivo indefinido *cualquier*, antepuesto a un nombre masculino, muestra regularmente –quince casos– la forma apocopada, como en español moderno: *cualquier otro nombre* (f. 18), *cualquier riesgo* (f. 13); mientras que, ante nombre femenino, hay vacilación, pues hallamos siete casos del adjetivo con supresión, como en *cualquier semilla* (f. 105) o *cualquier mercaduría* (f. 105v^o), frente a cuatro ocurrencias del adjetivo sin elisión, como en *cualquiera torpeza* (f. 39v^o) o *cualquiera dificultad* (f. 91v^o). También se da tres veces la apócope en el plural, ante nombre masculino o femenino, uso infrecuente, pero no excluido, en la lengua actual: *cualesquier estudios* (f. 24v^o), *cualesquier trabajos* (f. 90), *cualesquier cosas* (f. 9), y no aparece ninguna vez en el manuscrito la forma *cualesquiera*, abundantemente documentada, tanto en la posición antepuesta como en la pospuesta, en época de Patón (CORDE, marzo-noviembre de 2007). Y el uso pronominal de estas formas nos deja también un caso distinto de la norma moderna: ¡*Oh tít!*, *cualquier que deseas atajar las muertes de los ciudadanos* (f. 91v^o); y otros –hasta tres– con la forma que se impondrá: ¡*Oh, cualquiera de los dioses!* (f. 101).

El pronombre indefinido *nada*, por otra parte, está bien asentado en el texto con siete apariciones, despojado ya de los cuantificadores indefinidos medievales: *que sabía poco o nada* (f. 11); y *nadie* ocurre cinco veces: *nadie saliese a pelear* (f. 84v^o), *nadie puede llamarse bienaventurado* (f. 63v^o), aunque alterna aún dos veces con *ninguno* en ese mismo valor: *porque así no se ejecutaba ninguno de repente* (f. 14), *en cuanto al castigo interior ninguno padecerá por otro* (f. 41).

En raros casos, aparece el posesivo tras otro actualizador: *y en esta su propiedad* (f. 12).

4.6. Las preposiciones y los adverbios

Dende, forma en retroceso durante el siglo XVII y que no se encuentra ya en el *Quijote* (Gutiérrez Cuadrado 1998, 8), si bien no desaparece por completo hasta el primer tercio del siglo XVIII, es, curiosamente, casi la única que se re-

coge en el texto, treinta y cuatro veces: *noble dende el antiguo Lamo* (f. 64) –tan solo hay un caso de *desde: guardar el vino desde que fue cónsul Tulo* (f. 44). Aparece la preposición *mediante* ocho veces: *mas todo es decir que mediante la sabiduría se libró destos y otros peligros* (f. 30). Se da un solo caso de la locución prepositiva *acerca de*, en el sentido de “en relación con, sobre” que, según los datos del *CORDE* (marzo-noviembre de 2007), se hace muy común durante el último cuarto del siglo XVI, donde se documentan mil ciento sesenta y siete ocurrencias, mientras que en la primera mitad del siglo el corpus recoge quinientos casos: *Acerca de esto se lee de Pompeyo que, estando haciendo en Arcadia unas fiestas de a caballo, le vinieron mensajeros del Ponto que traían sus lanzas coronadas de laurel* (f. 27v^o). No hay rastro en el texto de preposiciones corrientes en el siglo XVI como *cabe* o *so*.

En cuanto a los adverbios, tampoco hay casos de *estonces* o *estuençes*, sustituidos ya por *entonces*, que se recoge en siete ocasiones: *los sicilianos les llamaban “días de tránsito” porque decían que entonces se pasaba Venus a Libia* (f. 23), ni de *ende*, *onde* o *adrede*. La forma moderna *ahora*, por *agora*, es la única presente en el texto: *no me hallara tan burlado con vos que ahora habéis hecho tal muestra que me obligue a hablar con temor* (f. 7).

5. CONCLUSIONES

El hallazgo del tomo IV de los *Comentarios de erudición*, que habrían de constituir la publicación, hacia 1628, de las obras completas de Bartolomé Jiménez Patón, nos ha permitido acercarnos al manuscrito del “Libro decimosexto”, donde el autor traduce y comenta el “Libro tercero” de las *Odas* de Horacio. El texto se inicia y se cierra con el episodio en que Laminio Sileno, trasunto del propio maestro manchego, se encamina a Lisboa acompañado de un culto hidalgo portugués al que le permite leer o le refiere sus lecciones sobre el mencionado escritor latino, que constituyen el cuerpo del libro.

El maestro Patón, humanista, retórico, gramático, manifiesta en su escritura un doble carácter: el del erudito que aún mantiene rasgos latinos y que opta por soluciones medievales, junto al del escritor que cree en la capacidad del español y, en consecuencia, es receptivo a las nuevas formas que se desarrollan en su lengua y la independizan tanto del latín como de ciertos usos del medioevo sentidos ya como arcaicos en su época.

Además, nuestro autor, de acreditada capacidad para expresarse en un registro elevado, se permite en muchos pasajes el recurso a usos más propios de

la oralidad, como los afijos apreciativos o los refranes, con el propósito de acercarse emotivamente a sus lectores –o a sus alumnos– y alcanzar así mayor eficacia comunicativa. Como complemento de ello, para ilustrar o ejemplificar sus enseñanzas salpica sus “comentarios” de interpretaciones de asuntos contemporáneos o de cuentos o historias ciertas que habían llamado su atención.

La lengua del manuscrito muestra, en los aspectos gráficos, las soluciones propias del español clásico. Se observan, al menos, dos manos responsables de la copia que nos ha llegado, en general de fácil lectura, sin que ninguna de ellas sea la del dómine manchego. Como sucede en otros aspectos estudiados, también Patón manifiesta en este alguna vacilación entre las soluciones medievales y las modernas; así, por ejemplo, en los superlativos sintéticos alterna *s* y *ss* en posición intervocálica (*santísima* y *santíssimo*, *grandísimo* y *grandísimas*, etc.).

El vocalismo átono es vacilante y las soluciones de los grupos cultos alternan la conservación con la simplificación propia de la lengua oral. Aunque Patón parece moverse en este último aspecto entre su conocimiento del latín y su deseo de escribir llanamente según la norma castellana, no puede afirmarse con rotundidad que la escritura completa de esas agrupaciones consonánticas pretendiera reflejar una pronunciación íntegra, sino solo que el autor, por supuesto, es consciente de la configuración del vocablo latino.

La escasa regularidad en la apócope del adjetivo antepuesto, natural en el Siglo de Oro, también se hace patente.

Destaca en el maestro que muestre su indecisión en la elección de las formas verbales, pues opta en unas ocasiones por las medievales (*oyo*, *trayo*, *entriegue*, *terné*, *porné*, *debría*, *hobiera*, *hobiese*, etc.) y en otras por las más modernas y propias de su periodo (*pusieron* *pusiese*, *tendremos*, *vendrás*, *vendría*, etc.). Y llamativo resulta que solo utilice, en el imperfecto de subjuntivo de *haber*, las formas con *o* en el radical, de carácter medieval, cuando lo las formas con *u*, las que habrían de consolidarse en español, eran ya mucho más frecuentes en época de nuestro autor.

Alterna, asimismo, el uso del artículo masculino con el femenino ante nombre de género femenino cuya vocal inicial sea *a*. Ante nombre masculino, la apócope del adjetivo indefinido antepuesto *cualquier* es regular, pero vacila entre la caída de la vocal y su conservación.

Notas

- * Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto “Edición crítica y estudio de los *Comentarios de erudición* (1621) y de otros textos inéditos del maestro Bartolomé Jiménez Patón (1569-1640)” (FFI2008-01510/FILO), financiado por la Dirección General de Investigación y Gestión del Plan Nacional de I+D+i, Ministerio de Ciencia e Innovación.
1. Los ejemplos que se ofrecen en este estudio no son, en modo alguno, exhaustivos; así, ni se indican todos los casos susceptibles de ilustrar cada rasgo lingüístico examinado ni, tampoco, todas las apariciones de una palabra en el ms., salvo cuando se advierte lo contrario.

Obras citadas

- Alarcos Llorach, Emilio. *Fonología española*. Madrid: Gredos, 1986.
- Alvar, Manuel, y Bernard Pottier. *Morfología histórica del español*. Madrid: Gredos, 1983.
- Ariza Viguera, Manuel. *Manual de fonología histórica del español*. Madrid: Síntesis, 1990.
- Cano Aguilar, Rafael. “Cambios en la fonología del español durante los siglos XVI y XVII”. *Historia de la lengua española*. Ed. Rafael Cano Aguilar. Barcelona: Ariel, 2004. 825-57.
- . *El español a través de los tiempos*. Madrid: Arco Libros, 2005.
- Catalán, Diego. *El español: orígenes de su diversidad*. Madrid: Paraninfo, 1989.
- Corominas, Joan. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, 1980.
- Girón Alconchel, José Luis. “Cambios gramaticales en los siglos de oro”. *Historia de la lengua española*. Ed. Rafael Cano Aguilar. Barcelona: Ariel, 2004. 859-93.
- Gutiérrez Cuadrado, Juan. “La lengua del Quijote: rasgos generales”. *Don Quijote de la Mancha*. Dir. Francisco Rico. Vol. 2. Madrid: Instituto Cervantes, 1998. 843-81.
- Lapesa, Rafael. *Historia de la lengua española*. Madrid: Gredos, 1991.

- Lloyd, Paul M. *Del latín al español, I: fonología y morfología históricas de la lengua española*. Madrid: Gredos, 1993.
- Madroñal Durán, Abraham. “Los *Comentarios de erudición* del maestro Jiménez Patón, unas obras supuestamente perdidas”. *Bulletin Hispanique* 98.2 (1996): 385-95.
- . *Humanismo y filología en el Siglo de Oro: en torno a la obra de Bartolomé Jiménez Patón*. Biblioteca Áurea Hispánica, 60. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert, 2009.
- Oesterreicher, Wulf. “Textos entre inmediatez y distancia comunicativas: el problema de lo hablado escrito en el Siglo de Oro”. *Historia de la lengua española*. Ed. Rafael Cano Aguilar. Barcelona: Ariel, 2004. 729-69.
- Real Academia Española: Banco de datos (CORDE) [disponible para consulta en línea]. *Corpus diacrónico del español* <<http://www.rae.es>> [marzo-noviembre de 2007].